Octubre en la sierra del Moncayo

Si es que ya lo dijo alguien: *Caminante no hay camino se hace camino al andar…*
Y llegamos a Ágreda, la villa de las tres culturas, en el confín de Soria, donde las peñas prometen: “el despelote os desea felices fiestas”. Unas puertas más arriba, los Chiqui Wilfred no imaginamos qué podrán ofrecernos.

Lorenzo, infatigable, nos pone a andar. Calles medievales, casas solariegas. Los Castejones y su jardín renacentista. Tres iglesias, dos torres, un retablo. Torreznos y cardos más allá, cervezas más acá. Sol y calor. Otoño en Soria. Tantas huertas árabes, que lo fueron, y, a lo tonto, unos kilómetros.

En todos los pueblos se venden casas, algunas se regalan, aunque… ni regaladas. Los únicos habitantes, dos o tres operarios, que trabajan tranquilos, sin demasiada supervisión. Vistas siempre espectaculares y cuestas nada despreciables.

…….AQUÍ LA CONTINUACIÓN

Después de comer nos acercamos a Vozmediano, por el Camino Antonino, de los romanos, hasta el nacedero del río Queiles, que brota con fuerza.

En el seminario de Tarazona, vacío y desangelado, no abrazaremos la religión. El único voto que quizás hagamos sea el de no volver. Y no es por Pili, que nos atiende con afecto, ni por la escasa armazón de nuestras celdas, donde solo la ducha destaca. Es por la desidia que nos ha entrado después de cenar guisantes y salchichas, para no salir al pueblo, que queda a contramano y porque se ha levantado un fresco inesperado.



El miércoles llegamos al Moncayo, esa montaña que aprendiste de pequeño, cuando te sabías los ríos de España y no solo los arroyos de tu pueblo. Unos cafés en el bar del monasterio de la Virgen que, por lo visto, se ha quedado de dueña del restaurante, porque a la Virgen no la enseñan si no toca romería. Empezamos a subir y no hay más que piedras en ochocientos y pico metros de desnivel y no sé cuántos kilómetros. Los más sensatos se lo piensan. Los de siempre seguimos. Al principio, porque a eso hemos venido; después, porque ya queda menos; por fin, porque, total, no nos vamos a rajar en la última media hora. Nos abrazamos a la Virgen del Pilar más arriba, —la pobre, algo sola en el cerro—. En lo que pudo ser un castro celtíbero, sacamos unos bocatas de pollo y otras provisiones ingratas. Se ha levantado el viento contra los impertinentes que hemos venido a tocarle las narices al Moncayo. Son las tres y bajamos deprisa por la cresta. Todo son rocas hasta el Santuario. Abrazamos a nuestros compañeros, que nos esperan con unas cervezas Ámbar, como náufragos ante el barco que nos lleva a tierra.



El jueves Lorenzo nos da una tregua por el hayedo de Peña Roya con su paleta de colores otoñales y sus repechitos. Comemos felices nuestras viandas y conducimos hasta el monasterio cisterciense de Veruela, con su claustro y su iglesia, donde los hermanos Bécquer pasaron alguna temporada, aunque, por la publicidad, se diría que lo fundaron ellos.

Bordeamos sigilosos Trasmoz, el pueblo excomulgado (¡qué tiempos aquellos cuando solo había uno!), con sus brujas y sortilegios.

En Tarazona, después de admirar la fachada del ayuntamiento, preguntamos a algunas lugareñas donde está la marcha — tampoco lo saben— más allá del cipotegato, héroe de un día, que visten de arlequín y evoca costumbres bruscas y ancestrales. Gente, en todo caso, risueña y dispuesta a ayudar a los que andamos perdidos por el barrio mudéjar. El espectáculo de luces de la catedral causa algún aturdimiento. Cenamos en la Zarzamora: magníficas alcachofas, setas, morcillas dulces y delicias variadas que nos reconcilian con la tosca noche turiasonense.

En nuestra despedida nos acercamos a los Fayos, para subir a la cueva del Caco, un primo del cíclope Polifemo que robaba las vaquillas, hasta que Hércules zanjó sus fechorías. Ascendemos 333 escalones y alguno de propina hasta el mirador de la Torre del Castillo. Y enfilamos a Madrid, tras las últimas cañas y risas. Que, al final, esto de andar tiene que ver con hacer amigos, compartir experiencias, sentir los meniscos —cada uno los suyos—… y recordar que en esta vida vamos todos juntos.